

que ni militar ni políticamente ofrecía garantías de éxito y cuyo fracaso no podía evitar su quebrantado y expoliado país mientras subsistiera la alianza entre Francia y Rusia. Todavía oiremos hablar de los espasmos y convulsiones que durante este período agitaron á la nación prusiana. Lo cierto es que Federico Guillermo podía adoptar la resolución que mejor le pareciera y apreciar exacta ó equivocadamente la impotencia en qué se encontraba; pero no le era ya dado enmendar ó compensar lo que el archiduque Carlos había desperdiciado en el Danubio durante sus seis semanas de inacción, cuando Napoleón, después de los mayores preparativos, apareció nuevamente en Marchfeld para llegar á una solución definitiva.

En la noche del 4 al 5 de julio y en medio de una espantosa lluvia, Napoleón hizo pasar á su ejército á la orilla izquierda del Danubio: para la serie de golpes que pensaba descargar en Marchfeld juntó 160,000 soldados y 584 piezas de artillería (1) y con la simple elección del lugar por donde su ejército pasó el río echó por tierra el plan de batalla del enemigo. Este había creído, — cosa á todas luces inexplicable, — y persistía en creer, á pesar de los preparativos de los franceses, que Napoleón iba á pasar por entre Aspern y Essling, es decir, por el mismo sitio en que tan mal le había ido la primera vez, y en esta creencia habíase preparado todo para recibirle enfrente de la parte Norte de la isla. Pero Napoleón tuvo la ocurrencia de echar sus puentes en la parte oriental de ésta sobre el brazo de río de la ciudad, y no encontró trincheras ni cañones: en cuanto á tropas, pocas fueron las que pudieron molestarle y aun éstas desde muy lejos. En la madrugada del 5 de julio escribía el archiduque Carlos al archiduque Juan: «No pienso ya dar en la orilla del Danubio una batalla ofensiva en la cual lo arriesgaria todo y el enemigo nada, por haber podido establecer sus baterías y su artillería de sitio (2).» Para expresar lo que se proponía hacer el archiduque después que el enemigo hubo pasado el río sin dificultad alguna, se inventó la extraña frase «ofensiva defensiva.» El archiduque había colocado sus fuerzas (110,000 hombres y 452 cañones á lo sumo) en una línea que desde el Norte y el Nordeste cerraba la villa de Marchfeld: su ala izquierda estaba situada en la llanura detrás del Russbach y se prolongaba desde el Wagram alemán hasta Margrafen-Neusiedel y Glinzendorf: su ala derecha extendíase desde Wagram hácia el Sudoeste hasta el Danubio, atravesando á Sussenbrunn, Gerasdorf y Stammersdorf. Los combates parciales que se trabaron cuando los franceses se extendieron por Marchfeld se convirtieron en la tarde del 5 de julio en un violento ataque contra el ala izquierda de los austriacos, en el Russbach. La lucha se entabló entre 98,000 franceses y 65,000 austriacos y duró hasta muy entrada la noche con varias alternativas, y al final los austriacos conservaban todas sus posiciones, habiendo rechazado en todos los puntos el ataque de los franceses.

Para el segundo día de la batalla el archiduque Carlos hizo avanzar el ala derecha de su ejército hasta colocarse muy cerca del ala izquierda de los franceses en la línea Wagram, Aderklaa, Breitenlee é Hirschstadt, y las órdenes que para el inminente combate principal transmitió correspondían al temerario plan de atacar simultáneamente con las dos alas, mientras el centro esperaba inmóvil al enemigo. Todo dependía de la simultaneidad de movimientos de ambas alas, pero era imposible lograrla dada la gran distancia á que se encontraba la derecha. El ataque que en la madrugada del 6 en-

prendió el general Rosenberg con el extremo del ala izquierda contra las posiciones ocupadas por Davout en Glinzendorf, fué un golpe en vago que ocasionó grandes pérdidas y con el cual no se logró casi nada. Cuando Napoleón comprendió que el plan del archiduque consistía en envolverle con el ala derecha, resolvió romper el centro de los austriacos por medio de un contra-ataque dirigido sobre Aderklaa y Wagram. Junto á Aderklaa sostúvose un encarnizado combate que se prolongó por espacio de muchas horas, hasta que á las once Napoleón ordenó al general Macdonald que, protegido por 104 piezas de artillería, organizara una poderosa columna de ataque mientras Davout atacaba el ala izquierda de los austriacos y Massena marchaba por Essling sobre la derecha. Con 31,000 infantes y 6,000 jinetes intentóse por primera vez romper la línea austriaca desde Raasdorf y en dirección á Sussenbrunn, pero los agresores se vieron rechazados de cerca por una terrible lluvia de metralla. Al segundo ataque consiguieron los franceses, después de cinco arremetidas, hacer por lo menos retroceder la muralla de hierro hasta entonces inmóvil en el mismo momento en que Davout y Massena, avanzando desde la izquierda y la derecha respectivamente, se lanzaban con irresistible ímpetu sobre el centro. En vista de esto, el archiduque resolvió poco después de mediodía suspender la batalla, que hacia nueve horas que duraba y que en modo alguno podía ser ganada por los austriacos. Entre una y dos de la tarde emprendióse la retirada general, que se llevó á cabo con toda regularidad: entre las cuatro y las cinco, cuando ya todo había concluido, se presentó el archiduque Juan, que con sus 11,000 hombres (3) acudía desde Marchegg, en la comarca de Siebenbrunn, al Norte del Russbach, donde el generalísimo le esperaba por la mañana. Posteriormente, en la orden del día que dió después de la batalla de Znaim el archiduque Carlos atribuyó á este retardo la culpa de «que no se hubiese ganado la batalla del 6 de julio y de que hubiera tenido que emprenderse la retirada (4).» Marmont, que como testigo presencial nos explica el espanto que en el primer momento produjo la aparición del archiduque Juan, añade: «En la batalla no había tomado parte todo el ejército francés, pues quedaban todavía como tropas de refresco y en buena disposición 35,000 hombres, el cuerpo de mi mando y la guardia: estábamos, pues, prontos á recibir al archiduque Juan y contábamos con sobradas fuerzas para derrotarle (5).»

La batalla «suspendida» del 6 de julio no significaba una derrota de los austriacos ni era una acción militar decisiva. La campaña no se perdió hasta que el archiduque la dió por perdida, firmando después del último combate sangriento de Znaim, el día 18 de julio, un armisticio en virtud del cual se cedia á los franceses una tercera parte de la monarquía (4,000 millas cuadradas y ocho millones y medio de habitantes), poniéndoles, por tanto, en condiciones de imponer una paz equivalente á la sujeción.

### CAPITULO III

#### PRUSIA Y LA PAZ DE VIENA. — MATRIMONIO AUSTRIACO. ROMPIMIENTO CON EL PAPA

Federico Guillermo sacó de las calamidades que sobre él había atraído mas que la paz la alianza de Tilsit, la enseñanza política de que sólo una triple alianza que uniera entre sí de una manera inseparable las tres potencias, Rusia, Prusia y Austria, podía ser la palanca que promoviera un levanta-

(1) Heller de Hellwald: *La campaña de 1809 en el Sur de Alemania*, tomo II, pág. 164. (Cuaderno aparte de la *Revista militar austriaca*, 1864.)

(2) Heller de Hellwald, pág. 157, nota.

(3) Heller de Hellwald, pág. 206, nota.

(4) Heller de Hellwald, pág. 223, nota.

(5) *Memorias*, tomo III, pág. 239.

miento general. En este sentido hizo algunas indicaciones al emperador Alejandro cuando á consecuencia de los asuntos de España se preparaba el levantamiento austriaco; pero durante su permanencia con la reina Luisa en San Petersburgo, á principios de 1809, oyó de labios de su imperial huésped que en virtud del reciente convenio de Erfurt, «léjos de poder empuñar las armas en favor del Austria ó permanecer siquiera neutral, habíase obligado á auxiliar con 150,000 hombres á los franceses en el caso de que éstos se vieran agredidos por los austriacos.» Además, el emperador, de acuerdo con Napoleón, se esforzó por atraer al rey de Prusia al sistema de Tilsit-Erfurt (1). Federico Guillermo, al verse obligado á renunciar á toda promesa de parte de Rusia, en el caso de que Austria fuese la agresora, pensó en conseguir por lo menos una triple alianza para defenderse recíprocamente, contando que por ella sacrificaría el Austria todos sus planes de ataque. Pero no pudo tampoco obtener este resultado porque el Austria no quiso abandonar sus proyectos, en vista de lo cual Federico Guillermo se propuso asegurar á lo menos á su país contra cualquier agresión de Rusia, y á este efecto escribió al emperador Alejandro en 24 de marzo de 1809: «Agradezco el ofrecimiento que me hace vuestra majestad de enviarme por escrito la promesa de proteger contra cualquier ataque la independencia y la integridad de Prusia. Esta garantía será por mí considerada como la de mi futura seguridad, pero me atrevo á confesar á vuestra majestad que no me considero completamente tranquilo hasta que se digno reconocer la alianza y prometer expresamente defender con toda energía á Prusia en cualquiera de estos dos casos: 1.º siempre que se me exijan cosas que se salgan de las condiciones de mis tratados y que para obtenerlas, en vista de mi negativa, se apele á las amenazas y á la violencia; 2.º cuando se pretenda ocupar de nuevo mis Estados á pretexto de que no se ha pagado la contribución, cuyo pago puede sufrir algún retardo, á pesar de la mejor voluntad, á consecuencia de la inesperada imposibilidad de contratar un empréstito en el extranjero y de hacer efectivas en plazos fatales y en un país extenuado las sumas necesarias (2).»

El rey no pudo obtener la promesa en que cifraba todas sus esperanzas, antes al contrario, el día 12 de abril el mayor Scholler entregó personalmente la anterior carta al emperador en San Petersburgo, y después de haberla leído dijo Alejandro: «No puedo engañar al rey haciéndole concebir falsas esperanzas: debo, pues, declarar terminantemente que la situación en que me encuentro me impone el mas estricto cumplimiento de todos los tratados. Si Prusia, no cumpliendo sus compromisos, da ocasión á Francia para adoptar medidas molestas, no puedo yo por este motivo envolver á Rusia en una guerra; pero en el caso de que Francia atacara sin razón alguna á Prusia, yo defendería al rey con todas mis fuerzas (3).»

La política de guerra por la que tan ardientemente suspiraban cuantos rodeaban al rey, nada podía, pues, esperar de parte de Rusia. Esto, sin embargo, no fué obstáculo para que Federico Guillermo encargara en 30 de abril á su embajador en París que hiciera la grave declaración de que no podía seguir pagando la indemnización de guerra y que necesitaba por de pronto una prórroga y luego una rebaja. El rey perseveró en la senda que con esta manifestación había abierto á pesar de la honda impresión que produjeron las noticias de

las derrotas sufridas por el archiduque Carlos durante la campaña de cinco días sostenida cerca de Ratisbona.

Las emociones que el mayor Schill no había podido dominar por mas tiempo se habían apoderado de tal manera del alma del mismo rey, que al tener noticia de que aquél salía de Berlín escribió en 9 de mayo al conde Goltz, que como ministro suyo gobernaba en esta capital, la siguiente carta: «Tengo tomada mi resolución y os declaro que en lo esencial coincide con vuestras proposiciones. Os hago responsable del secreto y creo daros la mejor prueba de mi confianza autorizándoos, á fin de calmar la opinión que allí ruge y que ha sido fomentada por los altos funcionarios civiles y militares, — faltando en parte á sus deberes, — para tranquilizar á los principales autores ó directores de esta opinión sobrecitada por medio de sugerencias acerca del desenvolvimiento del asunto principal ó por otros medios (4).» Pocos días después recibía el conde Goltz plenos poderes para pactar con el embajador austriaco en Berlín, baron de Wessenberg, adoptando la forma de una nota que habían de aprobar ambas potencias y por la cual el Austria se obligaba á ayudar á Prusia en la reconquista de sus antiguas provincias con su conveniente frontera, y Prusia, en cambio, se comprometía á entrar con todas sus fuerzas en la guerra ocho días después de aceptada la nota. En 12 de mayo el monarca había preparado al emperador Alejandro para este giro de los sucesos por medio de una carta en la cual le preguntaba qué haría Rusia en el caso de que él se viera obligado, contra su voluntad, á ceder á los impulsos bélicos de su pueblo. «Dígnese V. M., le ruego, tener en consideración cuán á menudo se ve uno arrastrado por la fuerza de las circunstancias, cuya violencia no siempre puede ser dominada por la buena voluntad. En este caso, ¿se pondría V. M. contra mí y rompería todos los lazos que le unen á mí y á mi pobre nación, si yo me viera mas ó menos tarde obligado (¡quiera Dios que no suceda esto en mucho tiempo!) á renunciar al sistema á que me siento inclinado mas por los sentimientos de mi corazón que por simples consideraciones políticas? Hasta ahora he permanecido inexorable y me he opuesto á cuantos pasos se han dado ora por el Austria, ora por la casi totalidad de mi pueblo para lograr que me uniera al Austria. Pero los ánimos están tan excitados, la agitación y la indignación son tan grandes, que de no adoptar la resolución que la nación entera reclama, me expongo á perderlo todo.» Terminaba el rey pidiendo la promesa concreta de que Rusia «en ningún caso» sería enemiga de Prusia si ésta se veía obligada á unirse al Austria (5). Al día siguiente de haber enviado esta carta, supo Federico Guillermo que Rusia había comenzado la guerra contra el Austria, que, sin embargo, no sería mas que una especie de guerra simulada (6). Pero la contestación que en 26 de mayo le llevó el coronel Gorgoly, ayudante del emperador, le demostró con tanta elocuencia su fracaso en el camino que quería emprender (7) que por primera vez comenzó á dudar de todo cuanto le venían predicando los patriotas hacia semanas y aun meses. El emperador, en efecto, declaraba que él no contribuiría ni remotamente á la destrucción de Prusia, pero que ésta se consumaría á pesar suyo y sin que á él le fuera dado impedirlo, pues el Austria estaba irremisiblemente perdida, porque no tenía ningún general que pudiera hacer frente á Napoleón, y con Austria se perdería también Prusia en el caso de que uniera sus destinos á los de aquella potencia, ya que llegaría demasiado tarde para salvarla, pero á tiempo para hundirse con ella. Los hechos que venían al

(1) Duncker: *Federico Guillermo III en el año 1809. Anuario prusiano*, tomo XLI (1878), págs. 136-159.

(2) Martens: *Recueil des traités et conventions*, tomo III (San Petersburgo, 1885), pág. 6.

(3) Duncker, pág. 144.

(4) Duncker, pág. 145.

(5) Martens, págs. 7-8.

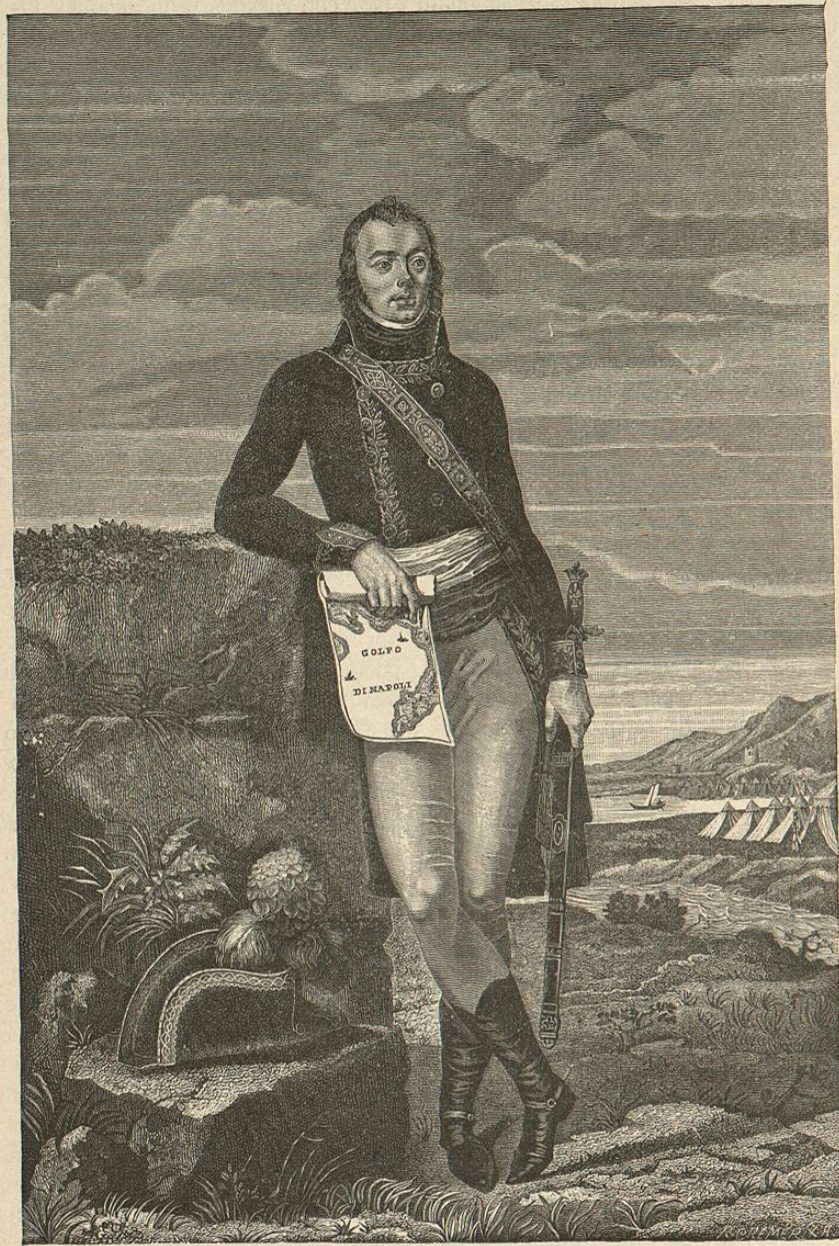
(6) Duncker, pág. 147.

(7) Duncker, págs. 149-151. Martens, págs. 8-9.



apoyo de esta opinion se sucedieron con gran frecuencia. Por de pronto, la corte austriaca no comprendia la magnitud del sacrificio que Prusia estaba dispuesta á hacer por ella: el convenio que Goltz habia querido ajustar con Wessenberg suscitaba algunas dificultades, porque se decia que éste no tenia órden ni facultades para ajustarlo y el conde Stadion no queria á la sazón concedérselas, porque lo que pretendia

no era un tratado sino simplemente el auxilio inmediato de Prusia, es decir, que ésta se sacrificara sin que por parte de Austria se contrajera compromiso alguno de contribuir á la reconquista de los territorios prusianos perdidos. La declaracion de Stadion significaba que Wessenberg no debia entretenerse en formalidades diplomáticas sino subordinar toda ulterior negociacion á la inmediata union de las tropas pru-



MAGDONALD.

De un grabado de Coqueret y La Chaussée, dibujo original de Hilario le Dru

sianas á las austriacas, pues habiendo ya el rey adoptado su resolucian, las condiciones podian reducirse á la simple promesa de que el Austria se mantendria en su actitud y perseveraria en la idea fundamental de la devolucion de los perdidos territorios. Wessenberg podia dar esta seguridad y añadir que el Austria estaba tambien dispuesta á defenderse contra la misma Rusia (1). Además, mientras Goltz negociaba en Berlin con Wessenberg la union, Stadion daba un paso cuyo objeto era ó atraer inmediatamente á Prusia á la guerra ó enemistarla de tal manera con Napoleon, que hubiera

(1) Duncker, págs. 148-149.

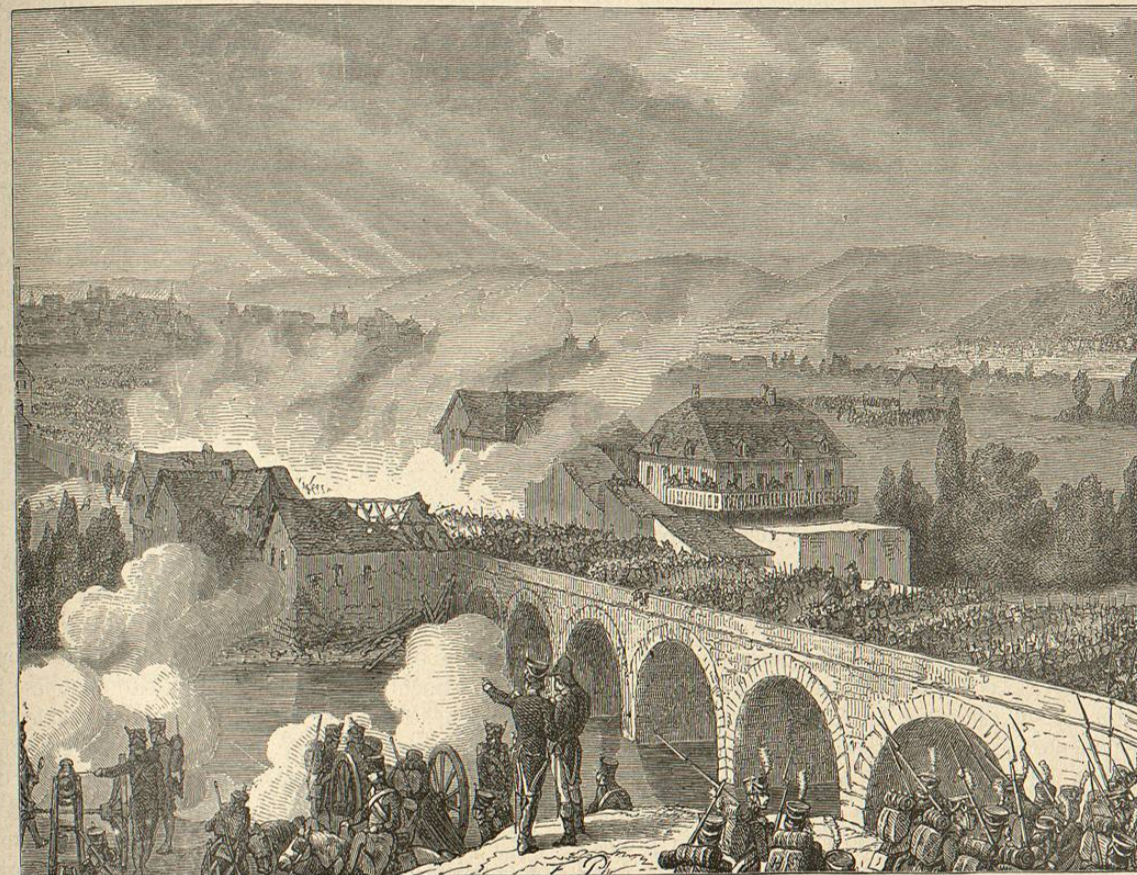
de tener por segura en todos los casos la venganza de éste. Con esta segunda intencion se dispuso la partida del coronel baron Augusto de Steigentesch (2), el cual fué enviado á Konigsberg de gran uniforme con el encargo de presentarse de manera que pudiera creerse que estaba ya firmada la alianza de las dos cortes, contrariando así los deseos del rey, que habia exigido el mayor secreto hasta el momento de entrar en accion (3). Las francas confesiones con que el rey acom-

(2) Alfredo Stern: *Disertaciones y documentos para la historia del período de la reforma prusiana, 1807-1815*, pág. 63.

(3) Duncker, pág. 151.

pañó su declaracion de que todavia no podia obrar, á pesar de sus buenos deseos, fueron confiadas por Steigentesch, á su regreso á Berlin, al embajador que allí tenia el rey de Westfalia, Linden, el cual, sin perder momento, las consignó en una memoria (1) que remitió á Napoleon. Esto era lo que Steigentesch se habia propuesto conseguir con su indiscrecion, pues al salir de Berlin habia dicho: «Quiero comprometer de tal manera al rey, que no pueda volverse atrás.» Al proceder así seguia las instrucciones del archiduque Carlos, el cual le habia dicho: «Acosad al rey para que se decida, y si no quiere decidirse, comprometedle.» El rey comprendió perfectamente que se le queria arrancar de nuevo por la fuerza su decision de tomar parte en la guerra y por esto en

18 de junio despidió cortés, pero resueltamente, al coronel austriaco á los tres dias de su llegada á Konigsberg, si bien nunca hubiera podido sospechar la traicion que en la mision de Steigentesch iba envuelta. «Pronto podremos estar de acuerdo: ganad una batalla y lo estaremos,» habia dicho el rey á Steigentesch, pero el éxito decisivo del cual hacia depender su union no se presentaba. La victoria de Aspern no fué explotada en lo mas pequeño: el ejército que el archiduque Juan habia llevado de Italia habia sido completamente derrotado en Raab en 14 de junio; la gran batalla de Wagram se habia suspendido al segundo dia y á la retirada habia seguido un armisticio que tenia todos los visos de principio del fin. Esto hubiera justificado una renuncia absoluta



Combate de Znaym

á toda idea de guerra, y sin embargo Federico Guillermo no la formuló, antes al contrario decidió reunir el ejército en campamentos de ejercicio y enviar al coronel Knesebeck al emperador Francisco, para que en el caso de que encontrara al Austria en estado de proseguir la lucha, firmara con ella inmediatamente una alianza de guerra (23 de julio) (2). Knesebeck, sin embargo, no encontró allí nada de lo que la corte de Konigsberg, deseosa de luchar, habia supuesto. Ciertamente que no faltaban fuerzas, pero en cambio no habia direccion: en el puesto que habia dejado vacante el archiduque Carlos funcionaba un consejo de guerra, en el cual reinaba la mas espantosa confusion. El conde Stadion, á pesar de todas las calamidades, no habia modificado sus opiniones respecto de Prusia, pues seguia creyendo que Prusia no haria mas que cumplir con su deber el dia en que se sacrificara por salvar al Austria y que ésta no podia en manera alguna quedar obligada á ayudar á aquella á que se elevara nueva-

(1) Copiada en Garden, tomo XII, págs. 407-416.

(2) Duncker, pág. 155.

mente á la categoría de gran potencia (3). ¿Qué es lo que se proponia el conde Stadion? ¿qué queria conseguir para el Austria cuando comenzó la mas temeraria de las guerras y cómo se las hubiera arreglado con los inmensos territorios que en su poder hubieran caido en el caso de salir vencedor en la lucha?

Sobre estas preguntas poseemos algunos datos, debidos á la memoria que el embajador hannoveriano en Viena, el conde Ernesto de Hardenberg, envió en 27 de enero de 1809 al conde Wallmoden, en Inglaterra, despues de haber interrogado personalmente al conde Stadion acerca de este particular (4). Segun este documento, el Austria exigia en Italia la frontera del Po con las fortalezas de este rio y las del Minicio, la ex-república de Venecia y la Dalmacia con Istria, segun estos territorios habian sido ya poseidos: en Alemania pretendia el Tirol y Vorarlberg, sin cuyas comarcas sus posesiones en Italia estarian siempre inseguras. Por lo que tocaba

(3) *Austria y Prusia*, tomo I, págs. 112-115.

(4) Véase *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 483.